



Theodor Kallifatides

Madres e hijos

Traducción del griego moderno de Selma Ancira



THEODOR KALLIFATIDES

Madres e hijos

Traducción de
Selma Ancira

Galaxia Gutenberg

Agradecemos al Baltic Centre for Writers and Translators de Gotland, Suecia,
el apoyo brindado a la traductora para la realización de esta obra.

También disponible en eBook

Título de la edición original: *Μητέρες και γιοι*
Traducción del griego moderno: Selma Ancira Berny

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2020

© Theodor Kallifatides, 2020
© de la traducción: Selma Ancira, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 12071-2020
ISBN: 978-84-18218-57-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Punto de partida

Cuando era niño pensaba que moriría antes que mi madre, de acuerdo con el principio aquel de que el árbol sobrevive a su fruto.

Con el tiempo entendí el orden lógico o por lo menos natural de las cosas, y entonces tuve otro problema: ¿acaso podía causarle a mi madre una tristeza tan grande como mi muerte?

Ese pensamiento me hizo ser prudente y cauteloso. Mis juegos nunca fueron especialmente osados; por lo general procuraba estar cerca de ella, algo que ella me recuerda con frecuencia, cuando la llamo por teléfono los sábados.

Ella vive en Atenas. Yo vivo en Estocolmo desde hace alrededor de cuarenta y tres años.

Esas llamadas telefónicas son un ritual entre nosotros. Lo mejor es hacerlas por la mañana, cuando ya se ha levantado de la cama y está sentada abrazando su café. Suele ponerse la taza en la barriga. Se bebe el café a sorbos pequeñitos pequeñitos por miedo a que pueda estar amargo. Tres cucharaditas de azúcar es lo mínimo.

—Hola, mamá, soy yo —digo cuando levanta el auricular. Si está de buen humor me responde con alguna rima. Si no está de buen humor, se pone de buen humor.

—¡Qué alegría oír a mi hijito, el pequeñito, el que vive en el extranjero y llama a su mamá, ahora anciana ya!

Alguien podría pensar que siempre canturrea la misma tonada, pero no es así. A sus noventa y dos años conserva la

capacidad de jugar con las palabras. Inmediatamente después, expresa su pesar.

–Tú, que no te separabas de mi falda, te fuiste tan lejos.

No es una recriminación, simplemente no lo entiende. Tampoco yo lo he entendido. Me fui de mi país, pero ¿qué quería dejar atrás?

No hablamos más de eso. Las cosas son como son. Mi madre lo sabe. Siempre lo supo. No está en su espinazo. Esto es su espinazo: el estoicismo heredado, el talento de permitir a las pequeñas alegrías paliar las grandes tristezas. La taza calentita de café que reposa sobre su barriga es un inmenso consuelo, y sobre todo si tiene cuatro cucharaditas de azúcar.

En pocas palabras, como ambos sabemos que las cosas son así, hablamos de otros temas.

Este año cumplí los sesenta y ocho, y mi madre los noventa y dos.

«No fui la causa principal de la Primera Guerra Mundial, pero nací el año en que comenzó», dice alguna vez con la distancia irónica que impide que sus sentimientos se apoderen de ella.

Los dos hemos envejecido y ha llegado el momento de hacer lo que siempre quise: escribir sobre ella.

No quería hacerlo mientras ella viviera. Pero ahora, creo, no tengo otra opción. La muerte se nos está acercando a ambos. La muerte de quién da los pasos más largos es algo que no puedo saber.

En otras palabras, estoy obligado a escribir sobre mi madre ahora, teniendo en cuenta que tal vez ella lo lea. Es probable que acabe siendo un texto distinto, otro. En este momento no sé qué clase de texto será.

Cuando murió mi padre, escribí un libro. Varios años después, cuando lo exhumamos, escribí otro.

Fue difícil, pero no tan difícil. Su libro ya había sido escrito, por decirlo de alguna manera.

Mi madre, en cambio, vive. ¡Y cómo vive!

Una vez más, estoy en los preparativos de un viaje a Atenas. En esta ocasión llevaré conmigo mi cuaderno de notas. He preparado algunas preguntas que tendré que hacerle. Esto me inquieta y no me gusta. No quiero utilizar a mi madre como material. El hijo que hay en mí quiere estar con ella como antes, sin ningún propósito. Que nos sentemos en el balcón, que oiga yo sus quejas sobre el Gobierno o sobre la carestía de la vida y que ella me «lea» la taza.

Pero el escritor que hay en mí quiere algo distinto: que quede registrado cada uno de sus movimientos, cada una de sus frases. ¿Cómo va a repercutir eso en mí? ¿Cómo va a repercutir en ella cuando comprenda que la estoy espiando?

No puedo saberlo. Me acuerdo de que en una ocasión un pintor conocido quería hacerme un retrato. Acepté halagado y contento, pero después de las dos primeras poses, descubrí que había dejado de ser yo mismo, y estaba representando a alguien distinto. La mirada del artista se había apoderado de mí y ahora me comportaba como un ciudadano respetuoso y servicial. Me bastaba con adivinar qué quería de mí para dárselo. Esa es la esencia de la pose. Verte a ti mismo como te ve el otro. Eso es exactamente lo que hacen los modelos de éxito. Saben por instinto qué quiere el fotógrafo y se lo dan.

No quiero obligar a mi madre a comportarse como modelo.

¿Cómo evitarlo?

¿Es posible evitarlo?

Y hay otro problema todavía. ¿Seré capaz de controlar al demonio del escritor que quiere arrebatarme el trabajo de las manos? ¿Que quiere pasarse de listo, bromear, embellecer, o por el contrario, afear? ¿Que quiere hacer de la gallina un pavo o del pavo una gallina?

Poca gente tan incapaz como los escritores para describir la realidad. Por eso los buenos escritores son siempre malos periodistas. Eso no quiere decir que los buenos periodistas sean malos escritores.

¿Pero por qué estoy tan preocupado?

De pronto y sin previo aviso entiendo el porqué. Continuaré escribiendo sólo mientras mi madre viva. Cuando ella se vaya, ya no escribiré ni una línea. Eso creo.

De modo que la pregunta sigue ahí. ¿Cuánto me he alejado de sus faldas, no obstante haberme ido tan lejos?

Hubo una época en que tenía una buena amiga, ya no vive, que afirmaba que Dostoyevski había hecho de ella un ser humano, y Chéjov, una mujer. Algo así me gustaría decir a mí también. Mi padre hizo de mí un ser humano, y mi madre, un escritor. En el mundo de mi padre existía el trabajo, el deber, la perseverancia, el contener las lágrimas hasta que se hubieran terminado todas las sonrisas.

El mundo de mi madre era distinto. En él existían los lazos sentimentales y la preocupación, que es la consecuencia de estos. Existía lo inesperado, la vulnerabilidad y la necesidad de que finalmente todo fuera bien. Las lágrimas no eran lo contrario de las sonrisas, las unas presuponían las otras. En una breve consideración estadística, confirmé que mamá lloraba más cuando reía con el alma. Y lo que existía por encima de todo en su mundo era la memoria.

El futuro era la preocupación mayor de mi padre. Mamá prefiere volver a lo pasado.

De ella heredé el anhelo de narrar una historia. Ese anhelo que de alguna manera es el deseo de que todo vuelva a estar bien, de que todo ocupe el lugar que le corresponde, que adquiriera sentido y contexto.

Todo esto puede decirse de manera más breve: para mi padre la vida era el mañana. Para mi madre, el ayer.

Su matrimonio era algo imposible de predecir. ¿Cuántas posibilidades tenía un muchacho nacido en 1890 en Trebisonda, a orillas del Mar Negro, en un barrio pobre situado afuera de la muralla, de casarse con una muchacha nacida en 1914, veinticuatro años después, en un poblado insignificante al sur

del Peloponeso? Basta ver el mapa para entender de qué estoy hablando. Y, sin embargo, se casaron y vivieron juntos casi cincuenta y cinco años.

Todo esto pertenece a un pasado ya muy lejano, y es necesario que comience yo por el principio. Comienzo como hay que comenzar, por los muertos. Por mi padre.

Durante el tiempo que vivió, rara vez habló de su vida. Era un hombre introvertido, y el pasado era para él, como ya he dicho, un capítulo cerrado. Sin embargo, se acordaba de todo con una exactitud pasmosa.

Esto quedó comprobado cuando, a la edad de ochenta y dos años, escribió un texto sobre su vida, no para ser publicado, sino para mí. La primera frase lo dice claramente: «Mi adorado Thodorís quiere que escriba sobre el origen de nuestra familia, es decir, de la familia Kallifatides». De otra forma, no lo habría hecho.

Gracias a ese texto sé lo que sé de él y de su encuentro con mi madre.

Recientemente, o para ser más exacto, uno de los primeros días de primavera, en ese tiempo en que el corazón, por lo menos el mío, se llena de una tristeza inexplicable e incomprensible, me senté con su texto delante.

Había sido escrito para mí, sí, es cierto. ¿Pero tenía derecho a tenerlo sólo para mí, manteniéndolo oculto de los demás?

No, no tenía ese derecho. Era un testimonio de otros tiempos. No es un cuento, ni una novela, ni un ensayo. Es sólo una vida y el bisabuelo de mis nietos.

Así, mientras espero en el aeropuerto de Copenhague el avión que me llevará a Atenas, saco papel y lápiz y comienzo a traducir al sueco el texto para ellos, mis nietos. Son todavía pequeños para pedírmelo, pero cuando lleguen a la edad en que puedan hacerlo, quizá yo ya no esté disponible.